

EL AUTONOMISTA

DIARIO REPUBLICANO DE AVISOS Y NOTICIAS

FRANQUEO CONCERTADO

AÑO XXVII

SE PUBLICA POR LA TARDE

NÚM. 6.684

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
GERONA Un mes: peseta
Resto de España. Trimestre: pesetas
Extranjero id. id.
Anuncios y comunicados a precios convencionales

GERONA, VIERNES 4 DE ABRIL DE 1921

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE PRENSA, n.º 10

Toda la correspondencia se dirigirá al Director
No se devuelven los originales

De los trabajos publicados serán responsables sus autores

ALFONSO HOSTA BELLPUIG

MÉDICO

Horas de consulta: de 11 a 1 y de 4 a 6

Progreso, 10, principal, 2.ª

GERONA

El buen apóstol

El cardenal Gibbons ha muerto; su nombre, como el de Ireland, como el de monseñor Mercier, sugiere la idea de una reconciliación de la Ciencia y la Fe, de la actividad nacional humana de acuerdo con la exaltación del espíritu hacia lo Infinito inefable. Después de agotada la acerba crítica de aquel libro de Draper, con el cual creyó pagada Salmerón la deuda contraída por el Nuevo Mundo para con Eutopa, y en que se puso de manifiesto la oposición histórica entre la creencia y la fe, la Iglesia pareció volver en América a la entraña del propio Evangelio y alumbró los entendimientos con un fulgor de tolerancia que ensanchó las paredes de los templos hasta trocar cada piedra en un ara y cada trozo del firmamento en una cúpula.

Un tiempo creímos que la Iglesia romana tendería sus brazos a Gibbons y desautorizaría a los fariseos que, en nuestra patria, complacíanse en desvirtuar la predicación que alcanzó su más alta expresión de la fraternidad en el Sermón de la Montaña; pero para el prelado insigne no habrá sino silencio; no habrá, acaso, sino olvido piadoso, como lo hubo para aquel otro renovador del Cristianismo primitivo, que creyó posible juntar la aspiración de los creyentes de todos los dogmas en aquella concisa y tierna oración que comienza: «Padre nuestro que estás en los cielos...»

La resurrección de la Democracia religiosa no es obra de Gibbons ni de sus predecesores; es más bien el espíritu democrático de la libre América el que ha forzado a los defensores del dogma a darle una interpretación conforme a los tiempos; pero ¿qué sentido tan clarividente de la idealidad y de la realidad el de esos prelados, que, lejos de estorbar el progreso y la labor de emancipación de los

humildes, han querido dar a esta obra gigantesca de su siglo un carácter providencialista! Han ahorrado a sus patrias las guerras enconadas de ideas que, en la tierra de Torquemada, del cura de Santa Cruz y de sus adversarios el «Noy de las Barraquetas» y Antoñete Gálvez, han dilapidado estérilmente la sangre y el oro; han dado una religión humana, como criterio de verdad y de bien, a los incapaces de formarse una metafísica, y se han puesto resueltamente al lado de los humildes y los vilipendiados, dando a los fuertes ejemplo de misericordia y de equidad, y a los injuriados, explotados o perseguidos, enseñanzas de resignación, no incompatible con la activa y constante energía.

No han querido remontar el curso de la Historia para buscar disculpa a los despotismos, las explotaciones del hombre por el hombre y las vergonzosas simonías, y han preferido encauzar las corrientes arrolladoras para que, en vez de causar mal, puedan, sin violencias ni desbordamientos, fecundar y fertilizar los secos y áridos eriales que encuentran a su paso.

¿Qué función tan excelsa y tan eficaz han podido realizar, como ellos, en todas partes, los que ejercieron sin protesta durante siglos, la cura de almas! Se afirma que es imperialista la República de Lincoln y de Jefferson; Ireland y Gibbons han hecho ese imperialismo imposible. No ha habido imperialismo que no haya llevado la hoz del sacrificio litúrgico en la mano. Dígase cuanto se quiera por los apologistas de la fuerza bruta, ninguna muchedumbre puede llegar a ser esclavizada si al poder de las armas no une la amenaza de una cólera ultraterrena. El «Dios lo quiere» no lo ha pronunciado solamente Pedro el Ermitaño: ha sido el llamamiento de todos los esclavizadores de humanos rediles. En todos los estandartes guerreros y en todos los

lábaros se ha pintado o esculpido un dragón, un semidios, una cruz, un menguante o un fiero animal consagrado.

Desde el momento en que la Fe se pone de parte de los injustamente humillados y emancipa la conciencia de todos los siervos, los imperialismos desaparecen, les falta el grillete espiritual, el collar de acero con que oprimieron a los trabajadores todas las tiranías. Razón tuvo Constantino al decir que venció por el signo de la cruz de fuego. No se vence jamás sino por todo un sistema de ideas que abarque todo lo que existe y el más allá, es decir, por una metafísica, y entonces era el Cristianismo la metafísica emancipadora. Cuando el poder deja de ser apoyado por la creencia, muere, como la religión muere también cuando deja de ser metafísica para disimular la oquedad y falta de contenido real con el deslumbramiento de los ritos externos.

Tal vez tenga razón Alejandro Herculano, y la mayoría de los hombres necesitan todavía una religión positiva; pero esa religión tiene que ser forzosamente la del bien, la de la fraternidad, la de los desvalidos que nacen en establos y se hallan expuestos a morir en patíbulos. Algunos dignos prelados españoles parecen seguir ya el ejemplo de Gibbons; no pocos caudillos del cristianismo tradicional procuran devolverle su carácter social y democrático. Serán siempre beneméritos de la espiritualidad redentora, porque nos ahogamos por sobre de fariseísmo; pero nos morimos de falta de ideales, y es preciso que los planetas reales se pongan de acuerdo con las nebulosas del ensueño y éstas con aquéllos, para que no seamos ni siervos ni déspotas y no nos engañemos con el absurdo; pero tampoco perdamos las causas del vivir para asegurar una vida, que si no tiene una orientación en el espacio y en el tiempo, no vale la pena de ser conservada.

Antonio ZOZAYA

Encontrareis

toda clase de correas para maquinaria a precios ventajosísimos, en el almacén de curtidos de

Miguel Ferrer

Gerona, Ciudadanos 6.

Héroes de la ciencia

He aquí de nuevo un gran hombre que cae. El doctor Leray, que ha sucumbido en una lenta agonía, víctima de su deber, por las quemaduras de los rayos X, después de grandes torturas y dolores, estaba en el hospital de San Antonio, de París, cobrando 200 francos de sueldo mensuales. Ese hombre abnegado, ese hombre de ciencia y de estudio, ese hombre que sabía que entregaba su vida para aliviar los males que afligen a la Humanidad, no pedía ni dinero ni reclamaba gloria. Le bastaba la satisfacción interior del deber cumplido y la satisfacción más grande aún de ir ensanchando con la fuerza de su trabajo, la luz de su inteligencia.

Creemos que dentro de algunos años, de algunos siglos, causará bochorno ver cómo hubo una época de la Humanidad, que condenaba a morir casi de miseria a los grandes hombres que consagraban toda su vida, renunciando a todos los placeres, al descubrimiento de un arcano o de un medio para aliviar un dolor. El doctor Leray, hoy, como el doctor Infroy, ayer, y como tantos héroes, han dejado que el fuego misterioso de los Rayos X mutiara sus carnes hasta darles la muerte. Y estos hombres no han reclamado nada.

El doctor Leray, héroe oscuro, nos reconcilia, con su abnegación, con esa pobre Humanidad de hoy que se arrastra tan llena de miserias.

De Música

Ha estado hoy en esta ciudad el notabilísimo guitarrista Pujol, quien, de acuerdo con la casa Sobrequés, ha fijado para el próximo día 13 el anunciado concierto. Oportunamente publicaremos el programa que ejecutará el gran maestro de la guitarra, y anticipamos un gran éxito para el artista que goza en el mundo musical de un prestigio indiscutible.

Toda la prensa madrileña dedica grandes elogios al violoncellista Casadó con motivo de sus últimos conciertos dados en el tea-

